

De la traducción a la transposición cultural

Por Francisco J. Uriz.

Estas breves notas tienen su origen en la presentación del núm. 6 de la revista Crisis.

Aquel día se leyó el poema que la poetisa Lina Ekdahl escribió sobre la guerra de Irak publicado en la revista.

El conflicto está solucionado

Ahora lo digo por ultimísima vez.

Parad ya.

Si veo a alguno de vosotros disparar otra vez
no habrá postre.

¿No oís lo que digo?

Entonces os quito las pistolas
y los fusiles y los cañones y las granadas.
No os los puedo dejar
si lo único que hacéis es estar disparándoos todo el tiempo.
Ahora tiene que acabar.

No me importa saber quién empezó.
No tiene importancia.
Dejad ya de matar.
Dejad la guerra.
Ya basta.
Ahora tiene que acabar.

Mirad aquí y veréis el triste espectáculo,
casas destrozadas, niños solos, gente muerta por todas partes.
No hay comida, todo está destruido.
Ahora ya está bien, basta. Ahora tenéis que pedir perdón.
Hacedlo.
Pedíos mutuamente perdón.

Sí.
De todo corazón, sí.
Te perdono de todo corazón se dice cuando alguien pide perdón.

Ahora tenemos que ayudarnos mutuamente a reconstruir las ciudades,
atender a las gentes abandonadas,
restañar las heridas
y nunca, nunca más volver a hacer estas mismas estupideces.

Ahora vamos a comer el arroz con leche.

A continuación leí esta adaptación del poema que yo había hecho a la situación española presentándola como una traducción de la versión original que habían oído. Lo que me había gustado del poema de Lina fue la eficacia poética del castigo infantil para un acto salvaje.

El conflicto está servido

Os lo digo por última vez.

Dejadlo ya.

Si veo a alguno de vosotros hacer más recortes
se queda sin postre.

¿No oís lo que os digo?

Os quito las tijeras
la Agencia Tributaria, los presupuestos, os quito a Montoro.
No os dejo conservarlos
si no os sirven más que para recortar.
Tiene que acabar tanto recorte.

No me importa saber quién empezó
ni de quién es la culpa
si de Merkel, del mercado o de Rajoy
—tanto montan...que rebuznan—
Dejad de recortar.
Ya vale de austeridad.
Tiene que acabar.

Abrid los ojos y veréis el triste aspecto que ofrece el país
gente en la calle, pidiendo limosna, niños abandonados, hambre.
No hay comida aunque sobre.
Os habéis comido hasta la esperanza.
Tenéis que pedir perdón

Hacedlo.
Pedid perdón.
Sí.
De todo corazón, sí.
Te perdono de todo corazón se contesta cuando te piden perdón.

Ahora lo que hay que hacer es ayudarnos mutuamente a reconstruir la confianza
ocuparnos de la gente abandonada, desahuciada, desesperada, hambrienta.
Restañar las heridas.
Y nunca, nunca más, volver a hacer esas estupideces.
Podemos.

Y ahora vamos a tomarnos el arroz con leche.

Francisco J. Uriz.

20.03.2013

No es la primera vez que hago esto. A veces traduciendo se encuentran formulaciones precisas de tus sentimientos o imágenes que reflejan muy bien una realidad y tienes la tentación de apropiártelas. Es lo que me pasó cuando publiqué este poema:

Ivan Malinowski revisitado en enero de 2009

Los crímenes de Israel, por ejemplo, contra los palestinos.
Los conocen casi todos. Pero cuando yo mañana
lea que se teme que haya muerto algún soldado israelí
en la invasión de Gaza, me alegraré
antes de pararme a reflexionar. Esta brutalización
que clama al cielo, es el crimen que Israel
ha cometido contra mí.

El modelo era obra de Ivan Malinovski que expresaba el sentimiento brutal que había experimentado por culpa de la agresión norteamericana en Vietnam que decía lo siguiente.

Crítica de la distracción

Los crímenes de Estados Unidos, por ejemplo, contra Indochina
Los conocen casi todos. Pero cuando yo mañana
Lea que se teme que hayan muerto cien personas
En las inundaciones del Missouri, me alegraré
Antes de pararme a reflexionar. Esta brutalización
Que clama al cielo, es el crimen que Estados Unidos
Ha cometido contra mí.

En otro libro, *Cuaderno de cuadraturas*, utilicé un modelo finlandés para mostrar mi ironía ante la modélica restauración monárquica española. Y así lo constato en la dedicatoria.

Triple salto

Imitando (y más) Claes Andersson

Después del primer nulo
el estadio contiene la respiración
y él afloja las adhesiones.
Inicia la carrera perfectamente talonada
rápida y potente
la batida es perfecta
Con toda elegancia
salva la legitimadora dictadura en el primer salto.
Aprovechando la velocidad y rítmicamente bien ligado
sobrepasa en el segundo
el último régimen legal - la República-
y cae bien equilibrado hacia adelante
en la legalidad dinástica borbónica
más o menos dictatorial o impresentable
pero sin duda legítima o legitimadora.
Es una buena marca,
se quita la arena de los zapatos
y se dispone a recibir las ovaciones de los espectadores.
Tanto tiempo sin competiciones de triple salto.
Todos mirábamos hacia otro sitio.
Nadie mira a la tabla
donde en la plastilina luce una marca de la zapatilla.

El origen se encuentra en este poema del gran Claes Andersson que había traducido muchos años antes

El sociólogo burgués como saltador de pértiga

Respira profundamente y se arregla la corbata
escarba ligeramente con el pie y contempla el listón
que se remonta en las alturas —la revolución estudiantil—
Una última mirada hacia la tribuna, ahora
inicia la carrera, acelera, coloca la pértiga
en el cajetín, se eleva por el aire
y cierra los ojos
Un instante después, en el colchón de espuma del foso,
mira hacia lo alto
El listón sigue en su sitio
El público de las tribunas lo aclama
Indiferente recibe las aclamaciones
¿Cómo no se ha dado cuenta nadie
de que pasó muy por debajo del listón?
¿Que ni siquiera lo rozó?
El público es miope y de avanzada edad
A los funcionarios de la competición les pagan bien
¡Suban el listón! ordena displicente
Respira profundamente y se arregla la corbata

Hasta llegué a concebir un libro completo inspirado en otro. Preparando una antología del poeta noruego Jan Erik Vold me topé con su poemario *En sirkel is* que trata de su infancia y del deporte nacional de Noruega que es el patinaje de velocidad. Me pareció importante y seleccioné lo que, siendo representativo, era traducible. En el curso de la traducción o, más bien, de trasposición cultural, lo que me ocurrió, y eso es lo relevante, fue que donde él ponía círculo yo traducía mentalmente rectángulo, donde él escribía patinaje yo leía fútbol y donde él evocaba Bislet, yo Torrero, es decir, el viejo campo del Zaragoza.

Eso me movió a hacer un ejercicio de memoria sobre una infancia vivida en Zaragoza en torno a un balón, y posteriormente sobre el deporte rey, impulsado por un libro noruego sobre el patinaje, asombrándome de los azarosos mecanismos que mueven los recuerdos.

La canción de los segundos

¿Quién quiere oír
la canción de los segundos? La de los que se hundían
en la tercera
vuelta. Los que salían optimistas, pero luego
les aparecía de repente esa chepa
en la espalda. De los que sabían lo que es
agarrar una pájara.
Los que hicieron un mal
500 metros como para poder imponerse en
la clasificación general. Los que
destacaban en Fagernes
en marzo. Los que se quedaron clavados en la salida
y perdieron
una medallla clarísima. Si no había bodrio
en la salida, había
bodrio en el cambio. Los que se cayeron
en el momento decisivo. Los
que habían comido algo que no les sentaba
bien. Los que andaban de uñas
con los directivos. Los que
no tenían los papeles burocráticos
en orden. Los que sacaron en el sorteo
la calle exterior en la última vuelta
de los mil quinientos. El
sempiterno segundo, cuyo nombre
apenas se menciona. El eterno segundo en cuyo brillo
siempre se va a mirar
el primero. El segundo
imprescindible, que nos ha enseñado
algo sobre la vida.

Sobre este poema del libro de Vold escribí el siguiente.

La canción de los segundos

The winner takes it all (ABBA)

¿Hay alguien interesado
en la canción de los segundos?
Del subcampeón. (Aparte de la buena esposa.)
¿De los que perdieron una liga
al fallar un penalti en el último minuto?
¿De los que perdieron una final de copa
por dos goles en el tiempo de descuento?
¿Por un gol en claro fuera de juego?
Esos segundos sin los que no habría primeros,
esos que nos enseñaron tanto de la vida.

¿Quién se acuerda de Nagasaki
tan aniquilada como Hiroshima?
—¡hasta en el dolor sólo cuenta el primero!
Aprendimos que los últimos no serán los primeros
—diga lo que diga el Evangelio—
y que los primeros serán siempre los primeros
—aunque los ricos también lloren.
Pero, a veces, vimos que la justiciera memoria
olvidaba al triste campeón
y recordaba a los húngaros del 54,
la “naranja mecánica” de los 70,
a los brasileños del mundial del 82,
esos perdedores que se hicieron inolvidables .
¿Quién recuerda a los campeones de aquellas fechas?
Sólo la cicatera estadística.
Pero el tiempo borrará la hermosa leyenda
y sólo quedará el desalmado informe de las cifras.